

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

The Nature of Mind, The Gifford Lectures 1971/72, Edinburgh University Press, 1972, 155 pp.

En los años 1971-72 y 1972-73 las conferencias Gifford que ofrece la Universidad de Edimburgo, Escocia, fueron sustentadas por A. J. P. Kenny, H. C. Longuet-Higgins, J. R. Lucas y C. H. Waddington. De estos autores, el primero y el tercero son filósofos; el segundo y el cuarto, científicos. Se tuvo la intención de hacer posible un diálogo entre científicos y filósofos a propósito de la naturaleza de la mente. De esta suerte, al final de cada intervención hubo un diálogo entre los cuatro participantes, y al término de las conferencias un coloquio entre los mismos. Todo ese material se encuentra reunido en el presente volumen.

Como era de esperarse, tanto en las conferencias como en las discusiones salen a relucir los modernos avances en lingüística y el desarrollo impresionante de las computadoras. Hay el intento de revelar la importancia de los progresos en lingüística, en computación, en neurofisiología y bioquímica para determinar lo que es la mente. Lucas llega a usar la tesis de la indecibilidad de la aritmética para proponer su propia tesis acerca de la naturaleza de la mente, la cual es de tipo cartesiano.

Apenas lee uno las palabras introductorias de los participantes, advierte una tensión entre la perspectiva de los científicos y la de los filósofos como Kenny. A lo largo de las discusiones se aprecia la considerable destreza que tiene Kenny para aclarar puntos en disputa y para eliminar objeciones, pero sobre todo para detectar las áreas de importancia filosófica. En lo que sigue me ocuparé principalmente de las contribuciones de este autor.

En la primera de ellas, "Determinism and Mind", Kenny toca dos características de las personas, a saber, la de su independencia, autonomía o libertad por un lado, y la de su capacidad lingüística por el otro. Kenny se pregunta por la relación entrambas. Para decidir el carácter de esta relación encara una disyuntiva que reza así: si la capacidad lingüística no es exclusiva de las personas (ya que la comparten, por ejemplo, los animales) entonces éstas no requie-

ren de autonomía, pero si resulta exclusiva, entonces es una ilusión el que los animales o las computadoras usen lenguaje.

La disyunción se complica al añadirse la tesis de que el indeterminismo no es esencial para la autonomía. Kenny observa que el conocimiento de nuestra libertad no excluye la posibilidad del determinismo, porque ese conocimiento concierne a la libertad de espontaneidad (de lo que deseamos o queremos) y no a la libertad de indiferencia (capacidad o habilidad de actuar en otras formas), que es la que excluye al determinismo.

Kenny toma partido con los compatibilistas y piensa que un acto puede ser voluntario y causado a la vez. Acepta que un acto puede hacerse por x deseo y a la vez tener causas mentales y neurofisiológicas (las cuales pudieran ser deterministas). Una posibilidad de acomodar las cosas en este sentido consiste en decir que “determinado” es un predicado modal, cautivo de un tipo de lenguaje, y que por lo tanto no entra en conflicto con “voluntario”, que pertenece a otra área del discurso.

Kenny no acepta esta vía fácil y piensa que la cuestión no puede ser meramente lingüística; hay imposibilidades que existen bajo todo tipo de descripciones, por ejemplo la que se expresa con “no puedo volar”. Esto le lleva a una digresión acerca del lenguaje de posibilidad, necesidad, etcétera, el cual no se somete a la lógica formal, como tampoco las capacidades humanas se someten a la lógica modal. De esta suerte, argumenta que al no tener una lógica que capture esas nociones, no podremos construir un programa para una computadora que simule la actividad de un agente autónomo.

Kenny no nos dice qué tan grave es, para el problema del determinismo, esta carencia de una lógica de las modalidades, pero parece pensar que, si la necesidad de la que habla el determinista no es la necesidad de la que habla la lógica formal, no es posible usar una noción de identidad que empate la necesidad del determinista con la libertad del indeterminista, y la vía queda abierta para el compatibilista. Los contraejemplos que ofrece muestran que el indeterminista usa una noción de identidad que no es la de la lógica.

Kenny concluye entonces que, pues la libertad de espontaneidad no incluye la libertad de indiferencia —aunque admite una conexión sutil entre ambas—, no hay argumento en favor del incompatibilismo. Por lo tanto, la compatibilidad entre la libertad y el determinismo es posible. Falta probar qué libertad y qué determinismo son compatibles.

Finalmente, respecto a la cuestión apuntada al principio, de si el determinismo al que está sujeta una computadora la incapacita para atribuirle el uso del lenguaje, Kenny dice que la polémica de determinismo-libertad no puede decidir esto, pues la razón por la que no se puede conferir capacidad lingüística a una máquina reside en el hecho de que una máquina no comparte propósitos o intenciones y por ello no confiere significado a los símbolos. Por ello, no se puede decir que use el lenguaje.

En su segunda contribución, "To Mind via Syntax", Kenny examina la teoría transformacional de Chomsky y discute algunos supuestos filosóficos de la misma. Como es sabido, Chomsky habla de la necesidad de postular estructuras lingüísticas profundas que permitan explicar nuestra capacidad lingüística. Kenny piensa que este tipo de postulaciones son correctas e inobjetables cuando su empleo se mantiene ligado a los hechos que se desea explicar; sin embargo, muchas veces se mezclan otros intereses —piénsese en el inconsciente de Freud—, y los supuestos se acrecientan hasta resultar filosóficamente cuestionables.

Kenny no objeta que Chomsky u otro afirme que esas diferentes estructuras abstractas existan; lo que le parece importante es que, una vez afirmada su existencia, se las ubique o no en el tiempo. En relación con esto, surge la cuestión de si la competencia lingüística tiene estructura; a Kenny le parece que eso puede decirse de la base material de dicha capacidad y no de la capacidad misma.

Luego surge el problema de si, al negar que esas estructuras abstractas estén en el cerebro, no se implica que están en la mente. Lo importante en este caso es que su existencia se puede verificar mediante la exhibición de capacidades mentales.

Por último, hay la cuestión de si esas estructuras se presentan en la forma de conocimiento. Esta suposición de Chomsky parece excesiva, sobre todo en casos como el de los niños, a los cuales es difícil atribuir el conocimiento de una gramática universal. En verdad, Chomsky no ofrece una especificación de este conocimiento y por ello es difícil decir algo definitivo. De todas formas, esta afirmación, como las dos señaladas anteriormente, suscita perplejidades filosóficas.

En la octava conferencia, John Lucas argumenta en favor de una conciencia o pensamiento sin lenguaje. Este es uno de los puntos de mayor importancia en las discusiones recientes. Sin embargo, Lucas no logra exponer la objeción en una forma consistente y sólo da

ocasión para que Kenny —en la discusión final— introduzca la tesis de que el criterio de identidad de un pensamiento lo da su expresión en palabras, ya se trate de un pensamiento propio o ajeno.

El presente volumen nos hace conscientes de múltiples problemas que yacen entre los dominios de la filosofía y la ciencia y para los cuales no sólo no hay una solución, sino tampoco una expresión convenida.

ENRIQUE VILLANUEVA

J. A. Fodor, *The Language of Thought*. New York: Thomas Y. Crowell Co., 1975, x + 214 pp.

J. A. Fodor es un filósofo del Instituto Tecnológico de Massachusetts, y como tal, gusta de mezclar la especulación con la ciencia. Él mismo ubica este libro en el campo de la psicología especulativa, disciplina que repugna a la vez a los psicólogos y a los filósofos.

Fodor cree firmemente que la explicación ofrecida por el conductismo filosófico de los conceptos mentales es insuficiente, y que resulta necesario introducir un sistema de representación interna que sea mediador de la conducta inteligente.

En el lado negativo de su argumentación, Fodor ataca, por un lado, el rechazo que Ryle hace de la teorización intelectualista, la cual lleva a postular causas y explicaciones fantasmales, así como al reduccionismo fiscalista. Por otra parte, Fodor ataca el argumento filosófico conocido como el argumento contra el lenguaje privado. En ambos casos, combate los raciocinios filosóficos porque piensa que éstos implican consecuencias indeseables en la psicología. Como observa Dennett en su excelente nota,* esto no tiene que ser así, pero de todas maneras Fodor presenta un reto que el filósofo debe enfrentar mostrando cómo la evidencia que aquél señala no afecta a las teorías filosóficas que menciona.

En el aspecto positivo de su presentación, Fodor considera las teorías neo-cognitivistas de la acción, del aprendizaje y de la percepción, como teorías que propiamente interpretadas requieren de un lenguaje del pensamiento. También examina el trabajo de lingüistas y psicólogos y lo interpreta a modo de favorecer su propia tesis sobre

* Dennett, "Critical Notice of The Language of Thought", *Mind*, 1977, pp. 265-280.